

UNAMUNO Y LA REVISTA ILUSTRADA *LA BASKONIA*. TEXTOS DESCONOCIDOS

Unamuno and the illustrated magazine La Baskonia. Unknown texts

Manuel M.^a URRUTIA LEÓN

Universidad de Deusto (Bilbao)

Correo-e: murrutia@deusto.es

Fecha de aceptación definitiva: 26-10-2009

RESUMEN: En este artículo estudio la importante presencia de Miguel de Unamuno en *La Baskonia. Revista Ilustrada* (1893-1943), publicada en Buenos Aires (Argentina). *La Baskonia* fue una importante publicación dedicada a la difusión de la cultura vasca en Argentina y el continente americano. Reproduzco además varios textos aún desconocidos de Unamuno.

Palabras clave: revista ilustrada, cultura vasca, textos desconocidos.

ABSTRACT: In this article I study the important appearance of Miguel de Unamuno in *La Baskonia. Revista Ilustrada* (1893-1943) published in Buenos Aires (Argentina). *La Baskonia* was an important publication dedicated to spread the basque culture in Argentina and the American continent. I reproduce also several texts of Miguel de Unamuno still unknown.

Key words: Illustrated magazine, basque culture, unknown texts.

1. BREVE HISTORIA DE *LA VASCONIA* / *LA BASKONIA*

La Vasconia. Revista ilustrada fue fundada en la ciudad de Buenos Aires (Argentina) el 10 de octubre de 1893. El 10 de enero de 1903 cambiaría su nombre por el de *La Baskonia*, y con tal nombre prolongaría su existencia hasta el año 1943, cumpliendo los cincuenta años de vida. Por otro lado, a partir de mediados de la década que va desde 1910 a 1920 aparecería también un amplísimo, en torno a las cien páginas, *Almanaque de La Baskonia* de carácter anual.

Sus fundadores fueron José Rufo de Uriarte, nacido en Bermeo (Vizcaya), y Francisco de Grandmontagne y Otaegui que había nacido en Barbadillo de Herberos (Burgos), hijo de padre vasco-francés y de madre guipuzcoana. La dirección de la revista corrió a cargo, desde su inicio, de Uriarte, su principal fundador y valedor, si bien que en estrecha colaboración con Grandmontagne, quien sería el coordinador y además el principal redactor e importante colaborador de la publicación durante los primeros años de su existencia. Grandmontagne escribía biografías de personalidades vascas relevantes (para lo que solía emplear el seudónimo de Luis Jaizquibel), como la de un joven Miguel de Unamuno; y relatos, cuentos o notas, para los que usaba su nombre, o las iniciales del mismo. Como es sabido Grandmontagne llegaría a ser un gran amigo de Unamuno, con quien mantendría un importante intercambio epistolar, y cuya obra contribuiría a dar a conocer en Argentina, además de ponerle en contacto con periódicos argentinos como por ejemplo el diario *La Nación* de Buenos Aires. En octubre de 1901 Grandmontagne abandonó la coordinación de la revista, y a partir de ese momento Uriarte continuaría en solitario con la dirección hasta su fallecimiento en 1932.

La revista, que aparecía los días 10, 20 y 30 de cada mes, tenía inicialmente 12 páginas, y se editaba en castellano, aunque incluía algunos diálogos, notas o poesías en vascuence. Se ocupaba de difundir la cultura vasca en la República argentina y otras partes del continente americano –de hecho, durante buena parte de su trayectoria se apellidará *Revista ilustrada eusko-americana*–, abordando temas históricos, biográficos, culturales y dedicando una serie de apartados fijos a noticias sobre el comercio, la industria, la actividad agropecuaria, además de publicar noticias de carácter general sobre las provincias vascas y el territorio vasco-francés.

Así rezaba en el primer número de la misma:

A la prensa de la República

[...]. LA VASCONIA nace a la publicidad dedicada a la noble raza eúskara y su descendencia en el continente americano; sus esfuerzos serán siempre tendentes a seguir mereciendo como hasta aquí, la estimación que a nuestra laboriosa colonia profesa la República Argentina, nuestra segunda patria.

Nuestro propósito

[...]. Tiene la ausencia, el mérito de acrecentar en el hombre la pasión por todo aquello que despierta en su alma los más delicados sentimientos, las más puras

afecciones y el más entrañable cariño; de aquí se desprende que nosotros, separados por enorme distancia de aquella bendita Euskaria, regada por el Cantábrico, y orlada con los más hermosos atavíos de la naturaleza, nos hayamos sentido con vivos deseos de fundar un órgano, que, dando un momento de tregua al continuo batallar de nuestra agitada existencia, nos recuerde aquellas deliciosas playas, donde corrieron felices nuestros primeros años, aquellos pueblos tan sencillos como virtuosos, cuyas calles conservan aun el recuerdo de nuestras hazañas infantiles, y aquellos santos hogares donde se nos inculcaron las máximas que habían de convertirnos en hombres honrados, trabajadores y probos, con cuyos méritos nos hemos conquistado en todo este hemisferio el cariño y el respeto de propios y extraños. [...].

Sus columnas están a la disposición de todos los vascongados, en las cuales podrán emitir libremente sus ideas sin más restricciones que aquellas impuestas por la cultura [...]¹.

La publicación tuvo bastante éxito y su influencia se extendería, además de al País Vasco y a la República Argentina, a países como Uruguay, Perú, Bolivia, Brasil, Chile, Venezuela, México, Cuba o Paraguay, tal y como puede comprobarse a través de sus suscriptores y de las cartas de los lectores.

A lo largo de la dilatada existencia de la revista muchos fueron sus colaboradores, entre ellos algunos de los escritores vascos más importantes de la época como Miguel de Unamuno, Pío Baroja, José María Salaverría, Ramiro de Maeztu, Arturo Campión, Fermín Herrán, Francisco de Gradmontagne, Indalecio Bizcarrondo (Vilinch), Telesforo de Aranzadi, o Carmelo de Echegaray; y también aparecen otros muchos autores no vascos de importancia, como por ejemplo Leopoldo Lugones, Ricardo Rojas o Rubén Darío.

2. LA PRESENCIA DE UNAMUNO EN LA REVISTA

Entre ellos, sin duda alguna fue Miguel de Unamuno uno de los que más presencia tuvo en la publicación, apareciendo en ella a lo largo de cuarenta años de su vida, desde marzo de 1895, en que aparece su primer artículo, hasta 1935, en que se publica el último. Y hablo de «presencia» pues esta no fue solo directa, a través de escritos del propio Unamuno, sino también indirecta, es decir a través de referencias y noticias sobre su vida y su obra y, lo que es más importante, de artículos de otros autores referidos a él, entre los que destacan un buen número de textos, en su mayoría críticos, referidos a la célebre conferencia de 1901 en la que realizó afirmaciones polémicas sobre el futuro del idioma vasco como medio de comunicación adecuado para el mundo moderno.

Entre los textos referidos a Unamuno conviene destacar un par de ellos, que reproduzco a continuación antes de ocuparme de los artículos unamunianos. El primero, es un articulito de uno de los poetas más importantes en lengua castellana

1. *La Vasconia. Revista Ilustrada* (Buenos Aires), 10 de octubre de 1893, p. 4.

y considerado padre del modernismo literario, el nicaragüense Rubén Darío, dedicado a la primera novela de Unamuno, *Paz en la guerra*.

Unamuno novelista

La novela de Unamuno, *Paz en la guerra*, es de esas obras que hay que penetrar despacio; no en vano el autor es un maestro de meditación, un pensativo minero del silencio. Es la novela un panorama de costumbres vascas, de vistas vascas, pero es de una concentrada humanidad que se cristaliza en bellos diamantes de universal filosofía. El profesor de Salamanca es al mismo tiempo el euskalduna familiar con la tierra y el aire, con el cielo y el campo. Su pupila mental ve transparentemente el espectáculo de la vida interior en luchas de caracteres y pasiones, en el olear de la existencia ciudadana o campesina. Sus figuras las extrae como de bloques de carne viva; y es un poderoso manejador de intenciones, de hechos y de consecuencias. Y en su manera no hay ímpetus, no hay violencia.

Tranquila lleva la pluma, como quien ara. Para leerle, al principio se siente cierta dificultad; pero eso pasa presto para dar lugar a un placer de comprensión que nada iguala. Este es uno de los cerebros de España, y una de las voluntades. Lo que su paisano de Loyola, San Ignacio, enseñó con sus *Ejercicios* a Maurice Barrés, él lo ha aprendido en los ejercicios de su alma en la contemplación de la vida, en su tierra honorable y ruda con la rudeza de lo natural y de lo primitivo incontaminado y sano. Antes he amado, por innata simpatía, a esos hombres fuertes de Vasconia, que aman su hermoso sol y su tierra feraz y su libertad, en la conservación de una vida de grandeza antigua, que cantan y danzan tan bizarras danzas; marineros, herreros, campesinos, nobles todos, veneran un árbol y han tenido un bardo como Iparraguirre, el pastor de las pampas argentinas; pero jamás he comprendido el alma vasca como cuando me he impregnado de las páginas de Unamuno. El amor allí tiene el hervor de la prístina savia; los elementos conspiran para la fraternidad con el hombre, la tierra besa a la carne, la savia se une a la sangre; el abrazo, la cópula, debía ser como un sacramento, o como ley sagrada. Son razas poseedoras de la serena energía, de la fuerza donada por los viejos dioses, esa ilustre fuerza que saludó Gladstone junto al árbol de Guernica, que pinta Puvís de Chavannes, y a la cual invoca el canto cuando en su Provenza Mistral empuña ante el concurso conmovido la simbólica copa.

RUBÉN DARÍO².

Madrid

Y el segundo de los textos dedicados a Unamuno es el ya aludido texto de Luis Jaizquibel (Grandmontagne) dedicado a ensalzar la figura de un joven Miguel de Unamuno, treinta y un años recién cumplidos, en el que terminaba augurando que la joven promesa acabaría por convertirse en uno de los «hijos más esclarecidos» del territorio vasco.

2. *La Vasconia. Revista Ilustrada* (Buenos Aires), 30 de septiembre de 1899.

Unamuno

Entre las jóvenes y brillantes inteligencias que se inician en la moderna Vasconia, figura en primera línea la de Miguel Unamuno. Sus éxitos llevan el sello del genio y son como el anuncio de una personalidad vigorosa que se destacará en breve entre el mundo intelectual, llevando como emblema de sus victorias literarias, los laureles del triunfo, que solo se conquistan con la luz de la mente y la sensibilidad del espíritu.

Unamuno es tan profundo filósofo como delicado artista. A la solidez de su cerebro para la perfecta apreciación de las cosas, une el gusto estético para manifestarlas. Cautiva con la idea y con la palabra que la reviste, siempre atrayente por su propia sencillez.

Enemigo acérrimo de ese lenguaje alambicado, con que muchos literatos suplen la falta de verdadero fósforo, los escritos de Unamuno distínguense por la riqueza de pensamientos, de ideas profundas, dimanadas de su gran preparación en todos los problemas de la vida.

Bajo diversas fases somos admiradores de su poderosa inteligencia. Como escritor de costumbres, la observación y la gracia campea en todos sus artículos, especialmente en los referentes al pueblo bilbaino, de donde es hijo amatísimo. No cabe mayor riqueza de detalle, agudos juicios y amenos comentarios. Como filólogo su erudición es pasmosa y empieza a ser una verdadera autoridad en España. En crítica literaria, ha emitido opiniones atrevidas y llenas de originalidad que han llamado mucho la atención por su índole revolucionaria.

Siendo casi un niño, comenzaron a despertar interés sus artículos en *El Noticiero Bilbaino* y otros periódicos de la capital vizcaina, en los cuales sostuvo algunas polémicas ruidosas con el inmortal Trueba y otros notables escritores del país vascongado. Los escritos de Unamuno, tanto por su estilo brillante como por la riqueza del concepto, eran producciones impropias de la edad de su autor, y tenían la madurez de juicio que se adquiere con los años y una consagración larga y paciente al estudio.

Las ideas avanzadísimas que emitía a propósito del arte y palpitantes cuestiones sociales, encontraron la resistencia que suscita toda innovación, doblemente cuando ella está representada por un jovencito que se presenta en el palenque de las letras sin bagaje literario, ni la autoridad que se acuerda a los que han escrito una caterva de libros, aunque su mérito sea digno muchas veces de los archivos del olvido.

Hay cortos artículos de periódico que suelen encerrar más doctrina que muchos mamotretos de mil páginas, que son algo así como la historia de la divagación o el proceso de la insulsez.

Sea cualquiera la escuela a que pertenezcan, los escritores pueden dividirse en dos clases: Primero, los que hacen volatines y ejercicios gimnásticos con el idioma, eligiendo y juntando palabras que suenen con el timbre de las campanillas académicas, aunque como las academias no enseñen otra cosa sino a hablar, y no a saber callarse, que es ciencia muy necesaria para la mayoría de los hombres. Tales escritores son legión en el mundo y encuentran numerosos lectores en ese público que saborea con las orejas toda producción literaria, y goza escuchando el ruido estrepitoso de las palabras que no entiende, ni aun podría entender el mismo Roque Barcia.

La segunda clase, o sea la primera en mérito, son aquellos que emiten ideas útiles o bellas, pensamientos encaminados a señalar el defecto, o indicar una reforma,

o vituperar un vicio, escritores, en fin, que no son charlatanes de la palabra escrita, sino seres pensantes y razonadores, literatos que son como los directores del criterio humano, iluminándole con la luz de la verdad y del bien.

A estos pertenece el notable vizcaino, gloria futura de la España literaria, que puede esperar mucho de su talento originalísimo y de su decidido culto por el arte verdadero, porque es, como él lo ha dicho en alguna ocasión, afecto «a sentir para adentro y no hacia arriba».

Estudioso en grado extremo, favorecióle la Naturaleza con una memoria prodigiosa y un sentido de penetración clarísimo. Así se explica que a los veinte años próximamente, ganara en reñidas oposiciones la Cátedra de Sicolología del Instituto Bilbaino. Luego, presentóse en otros concursos donde también salió victorioso, dando pruebas de su capacidad y extensos conocimientos de las materias objeto de examen. Pero su triunfo más brillante fue en Salamanca, de cuya Universidad es actualmente catedrático de Filosofía y lenguas muertas. Los aspirantes a dichas cátedras eran numerosos, hombres algunos envejecidos en el estudio, llegados a la docta ciudad de distintos puntos de España, a fin de obtener el anhelado y honroso puesto de catedrático. Unamuno era el más joven de todos, y ninguno de los aspirantes supuso que podría ser el más terrible de los competidores. Al tocarle el turno en el examen de Filosofía, dio prueba tan alta de su preparación, que el tribunal de examinadores quedóse asombrado, calificándole de verdadero sabio. En cuanto al segundo examen, baste decir, que los dos griegos (de cuya lengua era la cátedra), se retiraron, declarándose impotentes para luchar con el vizcaino, haciendo lo mismo otros aspirantes españoles. Este triunfo del joven Unamuno, tuvo gran resonancia, sobre todo en Bilbao, donde goza tan grande como merecida popularidad y se le tiene el cariño a que es acreedor el primer cerebro de Vizcaya.

Actualmente redacta *La España Moderna* en unión de Castelar, Echegaray, Menéndez Pelayo y otras glorias esclarecidas de las letras castellanas, habiendo publicado últimamente una colección de artículos superior a todo encomio, en los cuales analiza con gran riqueza de observación, la época más brillante de la literatura nacional.

Hace pocos meses fue llamado a Madrid para formar parte de un Tribunal de oposiciones a cátedra, y aprovechando su estadía en la Corte, la empresa *El Imparcial* solicitó su colaboración literaria, que Unamuno aceptó, entrando a formar parte en el ilustrado cuerpo de redactores del periódico matritense.

Entre los estudios curiosos de literatura popular que ha producido, figura uno sobre *Martín Fierro*, el héroe gauchesco argentino, escrito en Salamanca, y en el cual demuestra nuestro insigne comprovinciano, un conocimiento absoluto de las costumbres de la pampa americana, así como de cuanto se ha escrito sobre este género de literatura, dando curiosísimos detalles sobre el origen etimológico de todos los modismos y palabras gauchescas usadas en todo el continente sur-americano.

Es verdaderamente raro que sin salir de Bilbao y Salamanca, haya aprendido de una manera tan perfecta, el pintoresco lenguaje de los gauchos.

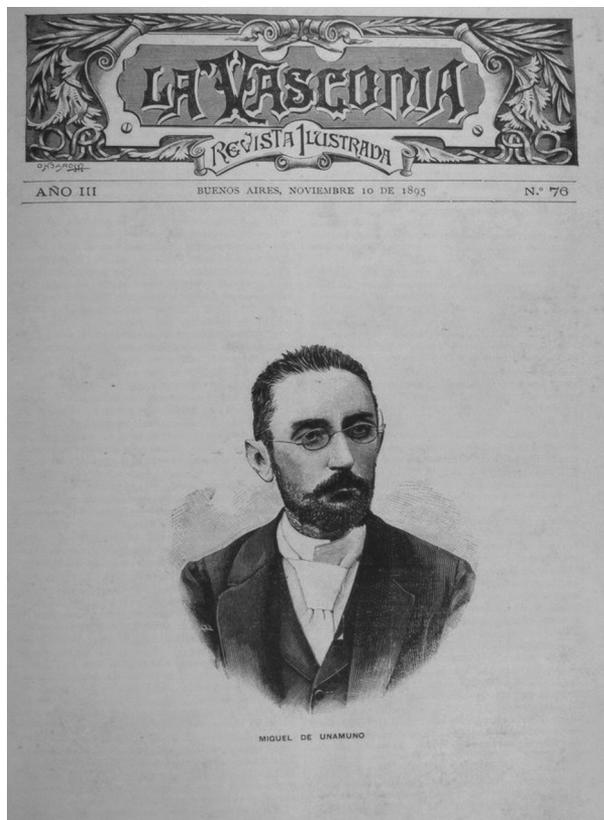
Nuestro paisano pertenece a la familia *chimboraícea*, queremos decir, que es entusiasta bilbaino. En la invicta villa se le quiere y admira por igual; pero entre la sociedad chacolinería, en la cual es todos los veranos importante y seguro punto, deja de ser el filósofo profundo, el catedrático ilustre de la docta Salamanca, convirtiéndose en Unamuno arriba y Unamuno abajo, rodando su toga de doctor entre el jolgorio de aquella juventud bilbaína que sabe trabajar y también divertirse.

Y es que Unamuno no pertenece a esos sabios arrumbados y misántropos, que ponen la cara osca y ceñuda para dar importancia con los visages a las nimiedades. Nuestro paisano es sencillo, demócrata, amante del pueblo; es el obrero de la idea propalada, que consagra la luz de su mente a altos fines de la vida.

Aun es joven, pues no cuenta apenas treinta y cuatro años. Su porvenir se inicia brillante y no trepidamos en augurar que ha de honrar a la tierra euskara, figurando entre sus hijos más esclarecidos.

Luis JAIZQUIBEL³.

Noviembre 9 de 1895



Dibujo de Unamuno en la portada del número del 10 de noviembre de 1895.

3. *La Vasconia. Revista Ilustrada* (Buenos Aires), 10 de noviembre de 1895. El número llevaba en la portada un excelente dibujo del joven bilbaíno, por lo que merece ser reproducida.

3. TEXTOS DESCONOCIDOS DE UNAMUNO

En cuanto se refiere a los variados textos unamunianos, a veces simples fragmentos, la mayoría de ellos eran recogidos por la revista de otros lugares donde habían sido publicados con anterioridad. Predominan los artículos costumbristas (como *Un partido de pelota*; *Mi bochito*; *Rousseau en Iturrigorri*, etc.), u otros dedicados a ilustres paisanos suyos como el poeta Antonio Trueba, el pintor Zuloaga, o los escritores Mogrobejo y Maeztu. Hay además unos cuantos artículos, varias cartas, un par de entrevistas e incluso la publicación, en multitud de entregas, de los *Recuerdos de niñez y mocedad*. Entre todos ellos hay unos cuantos que no son conocidos todavía por los unamunistas.

Los textos aún desconocidos que vamos a reproducir son los siguientes:

- (1) 10 mayo 1899. *El socialismo de Castelar*
- (2) 30 abril 1900. *Ramiro de Maeztu*
- (3) 10 enero 1906. Una carta de Unamuno. *Sr. Director de LA BASKONIA*
- (4) 20 febrero 1923. *Historia*
- (5) 20 marzo 1924. (Carta a Horacio Echevarrieta)
- (6) 10 enero 1925. Un rato de conversación con Unamuno
- (7) 20 abril 1929. Una entrevista con Unamuno

1

EL SOCIALISMO DE CASTELAR

«Un impenitente individualismo, cada día más arraigado en mí por la experiencia de los últimos ensayos en Alemania y en Inglaterra y en Francia, me atrae la cólera de los socialistas; pero así me hicieron Dios y el tiempo; así permaneceré hasta la hora de mi muerte».

(De la carta encíclica que, tomando por mingo a D. Martín Olías, dirigió D. Emilio Castelar desde Sax, el 23 de Julio de 1898, al universo mundo)

En un estudio de amarguísima verdad que el doctor Dillón dedicó a la ruina de España en la *Contemporary Review* –traducido y publicado en la *Revista Contemporánea*– al asentar el dato triste de que seis de los dieciocho millones

de españoles no sepan leer, añade el autor que es justo advertir, sin embargo, que la diferencia entre las dos clases es más bien de forma que de sustancia, y consistente no tanto en el mayor número de ideas que poseen las personas educadas, como en la elegancia con que expresan las nociones vulgares y las ilusiones comunes a todos los españoles. De este lamentable hecho hay pocos ejemplos más típicos que el señor Castelar.

Ignorante es sin duda, un labriego que, aunque entienda de las labores de la labranza no sabe leer; pero no es, en última instancia, menos ignorante, quien escribiendo a la continua acerca del socialismo, aún no se ha enterado de lo que éste sea y signifique. Es lo que le ocurre a nuestro ilustre grafómano, que con tanto escribir, no encuentra, por lo visto, tiempo para estudiar con la debida calma.

Mas no, no hay que ser injustos con él. Lo que le pasa es que, teniendo que vivir de su trabajo, se encuentra encerrado en terrible círculo vicioso; escribe para comer y come para escribir.

Pesa sobre Castelar, como sobre otros de su mismo tiempo, la obsesión del socialismo de Estado, que confunden con el de los socialistas del pueblo. Educados en el liberalismo de la vieja escuela manchesteriana, imagínanse que el socialismo es la expropiación a viva fuerza, la muerte de la iniciativa individual, la destrucción de los desniveles que engendran el movimiento, que diría Echegaray (otro fósil en esto), la reglamentación de todo, el exceso de legislación, la ingerencia del poder central en la esfera de acción del individuo y qué sé yo cuantas atrocidades más, entre ellas el corriente y enorme despropósito de que el socialismo es el proteccionismo extendido a todo. No ven ni aún lo que vio al fin de su vida el perspicacísimo Stuart Mill. Todo lo miran desde el punto de vista nacional, y no logran digerir el sentimiento internacional del socialismo, que es la más lógica consecuencia de la escuela liberal en economía, de aquella gloriosa y fecunda escuela, a cuya letra muerta siguen adheridos repeliendo su espíritu ensanchado. Es difícil persuadirles de que el socialismo de Estado, el autoritario e impositivo, es cosa muy distinta y, en mi sentir, opuesta al socialismo internacional, popular y democrático. Se les ha agarrado a las telas de la sesera como una garrapata todo aquello del enervante panteísmo político.

A un contemporáneo del señor Castelar, que vive de alquilar violines –y lo digo en sentido figurado– no pude meterle en la mollera que no se trata de quitar el violín a quien poseyéndolo no sepa tocarlo, sino de que llegue día en que tenga que cederlo por sí mismo, por no encontrar quien se lo tome en alquiler. Esto no le cabía en la cabeza; se empeñaba en que se le demostrase el teorema 77, que exige, para su demostración, conocer el 76, éste el 75 y así sucesivamente; y como mi hombre no había estudiado otra geometría económica que la euclidiana –pase otra vez la metáfora– no sabía ninguno de los 77 teoremas, y, creyendo saberlos, protestaba indignado de tener que someterse a un curso de geometría no euclidiana.

Quería resolverlo todo con su maquinilla de la oferta y la demanda, el coste de producción, la ley de Ricardo, la del Malthus, etc., entendidas a su modo. No pude convencerle de que sólo necesitamos verdadera libertad económica, –lo que el pedía–, verdadera libre concurrencia para que el socialismo triunfe.

Piden libertad, que se nos deje a todos libres los brazos, pero es mientras sigan los más con grillos a los pies y sin poder ponerlos en tierra que no esté acotada. Es la historia de la abolición de la esclavitud. Una vez que toda la tierra disponible está cercada y registrada y defendido por la fuerza pública su acaparamiento, caen las cadenas del esclavo, puede ir a donde quiera, mas a donde vaya se encontrará siervo del dueño del suelo que pise. Por no saber a dónde echarlo, le darán sepultura en balde.

Y si es difícil que puedan llegar a entender bien tales cosas respetables señores, los huesos de cuyos cráneos se van soldando, es mucho más difícil que puedan entenderla los que hayan tenido la disciplina mental de D. Emilio, infestado de historicismo, que no es sentido histórico, y en quien todo conocimiento se reduce a materia oratoriable, puesto que hasta cuando escribe no hace más que discursar por escrito, sin advertir que un discurso se desarrolla en el tiempo y con música, y un escrito a letra seca en el espacio, que es reversible, *Scripta manent*. Mas este es mal común a los españoles, que con dificultad llegan a escritores, quedándose en oradores por escrito.

Es casi imposible que pueda comprender debidamente el proceso económico en la historia quien convierte a ésta en grandes síntesis artísticas para barajar sucesos. Y necesitaría una heroica abnegación el ilustre tribuno para ponerse a estudiar ahora cosas no convertibles en párrafos sonoros y de larga cola, ni está, creo, para ahondar un poco en problemas económicos, pues sospecho que olvidó ha tiempo el modo de despejar la incógnita de una ecuación. Obras como la de Marx, Loria, Hertzka, etc., no son para él, y dudo que pueda echárselas al colete; tienen demasiados huesos que roer, y la constitución mental de los grandes oradores suele tener mucho de sensual, son por lo común *gourmets* del estudio, no tragan lo que no les deleita el paladar, se les resiste lo técnico. Son capaces de cantar la armonía de las esferas y el ordenado curso de los globos siderales en el etéreo cosmos, pero se les atraganta el menor teorema de mecánica celeste y no les importa ignorar las leyes de Copérnico. Y así, señor Castelar, sólo se escriben simplezas tratando de socialismo, que es algo más que materia oratoriable.

Vive nuestro hombre de lleno en el periodo romántico y posee en vez de ciencia un molde hegeliano de tercer grado en que vierte conocimientos históricos desprendidos de su raíz. La historia que posee es panorámica. Su oficio es preparar piezas de museo rellenando de paja pieles flamantes de ejemplares muertos. Así es como se les antoja que son ensayos socialistas esos a que alude en el párrafo que va de cabecera de este escrito, ensayos que dice arraigan cada día más su individualismo, cuando lo que arraiga eso, que por darle algún nombre llama su individualismo, es que van perdiendo sus huesos gelatina y su cerebro

flexibilidad. Así le hace el tiempo. ¡Individualista! Decía Luis Venillot de Montalambert, que creyendo ser católico liberal no era más que orador. Es lo que le sucede a D. Emilio con su individualismo. No es más que orador, de palabra o por escrito.

Harto sabemos que al ilustre tribuno no le apeará nadie de su machito y que seguirá en sus trece, creyéndose enterado de todo y perseguido y blanco de cóleras. ¡Ojo con el delirio de persecuciones! Lleva a mal fin el vivir encastillado en diamantino egocentrismo, en perpetuo monólogo y hablando de continuo a troche y moche para no tener que oír. ¿Qué tendrá, señor, la palabra, que nada hay más vano que los artistas de ella? ¡Cuánto más les valdría ser artistas del silencio y del estudio!

No merecería la pena de haber escrito estas líneas acerca del socialismo de Castelar, (dado que los escritos del en un tiempo cítara sonora, no influyen ni poco ni mucho en la marcha del ideal socialista), si no fuese porque en su manera de entenderlo le acompañan otros coetáneos suyos que han logrado con algunos perezosos en estudiar, hacerles creer que el socialismo es la tiranía del Estado contra el individuo, la reglamentación autoritaria del trabajo, la fijación impositiva del estipendio de cada uno, la destrucción de las llamadas en un tiempo *leyes naturales* de la economía, una especie de república espartana o de falansterio, en fin. No han pasado del generoso comunismo de los utopistas y se les antoja que es el socialismo un jacobinismo igualitario y nivelador que trata de montar la sociedad conforme a un plano trazado de antemano. No leen trabajos serios de economía social, pero sí las tonterías de la desatinada novela de Richter, pongo por caso.

Bórrese la coercitiva imposición de la propiedad privada del suelo, hecho de violencia en que se basan la paz armada y el proteccionismo, y del resto se encargarán las famosas leyes naturales de un tiempo. Pero, ¡ah, la sacrosanta propiedad territorial!...

MIGUEL DE UNAMUNO⁴.

[*La Vasconia. Revista Ilustrada* (Buenos Aires), 10 de mayo de 1899].

4. Reproducimos este artículo que había sido publicado con anterioridad en la *Revista Nueva* (Madrid) el 25 de marzo de 1899, porque al ser recogido en las OC, en UNAMUNO, Miguel de. *Obras Completas* (Edición de Manuel García Blanco). Madrid: Escelicer, 9 tomos, 1966-71 (t. IX, p. 777), incomprensiblemente desaparece buena parte del texto al final, dos párrafos y pico, justo a partir de la siguiente frase: «¡Ojo con el delirio de persecuciones!», con la que concluye en las OC. El texto de *La Vasconia* es, por lo tanto, fiel a su original de *Revista Nueva*.

2

RAMIRO DE MAEZTU(PARA *LA VASCONIA*)

He titubeado algo, presa de inevitables preocupaciones, antes de escribir estas líneas, porque ya que ha sido Maeztu quien acaso más de mi ha escrito –llegando, al parecer, a constituir yo para él algo como una obsesión– ¿no podría parecer esto compadrazgo? ¿Podría parecerlo? ¿Y a quién? ¡Bah! *Honni soit qui mal y pense!* y con su pan se lo coma.

Después de todo lo que digamos uno de otro ¿no es acaso descubrir nuestro fondo común, que es, en fin de cuenta, el fondo de nuestra común raza? ¿Valemos más que por que ella se haga en nosotros conciencia? Porque lo digo sin rebozo, –y tómelo cada cual como mejor o peor quiera– nuestra raza vasca, vigorizada por su desarrollo material, empieza a cobrar clara conciencia de si misma, a revelar su espíritu, un espíritu cuya originalidad ha estado hasta hoy sofocada, a mi juicio, bajo la presión de la cultura latina, que no es ciertamente la que más a él se acomoda. Y si en Maeztu ha cobrado conciencia la sangre de nuestra casta, débese acaso a que se halla removida por otra sangre.

Ramiro de Maeztu y Whitney, un injerto de vasco y anglo-sajón, se ha hecho oír por sus paradojas, paradojas que no eran, en rigor, más que un medio de hacerse oído. Y ¡cómo sonaron en este país de apabullante ramplonería!

Le conocí en Bilbao, hace ya siete u ocho años; un joven pálido entonces, que miraba a menudo al suelo, y parecía observarme de reojo mientras se atusaba el naciente bigotillo. No me hablaron bien de él, ¿por qué he de decir lo contrario?, un joven de talento, sí, pero... y venían los peros. No sabían traducirle las paradojas. Me habló de la insurrección cubana –había estado en Cuba– y me llamó la atención cuanto me dijo, porque era penetrante, preciso y *sentido*. Supe que había corrido mundo, que había sido soldado... me dijeron que era un aventurero. Allí, en Bilbao, andaba de *chico de la prensa*, metido en los periódicos aquellos, leyendo y sufriendo, con Bueno, la influencia de Verdes Montenegro. Volvime acá, a Salamanca –esto fue un verano, por vacaciones– trayéndome la imagen de aquel mozo que miraba al suelo, pero sin conocerle.

Después alguien me dijo: «Maeztu anda a menudo a vueltas con usted, y ¿porqué no he de confesarlo?, por este motivo egoísta, más que por otro, empecé a leerlo. Aquello era algo, era nuevo, era fuerte, era vigoroso, era un soplo de aire libre en nuestra viciada atmósfera, un canto de alondra entre el croar de las ranas del charco. Le leí en *El País* y en la *Vida Nueva*, y sus paradojas ni me sorprendieron ni me escandalizaron. Leí bajo ellas y vi un espíritu sensible, tremendamente sensible, una verdadera arpa eólica que vibraba a la menor brisa, un alma de poeta en quien el amor tomaba la forma de indignación. Su fuerza, lo

que ante todo llamaba la atención, velaba una delicadeza profunda, era un sentimental disfrazado de impulsivo, un hombre lleno de cariño a los que fustigaba. Yo le he agradecido tanto o más las censuras que los elogios; en ambas he visto un espíritu que se preocupa de mi espíritu.

Y sobre todo me regocijé al ver un joven, un verdadero joven, un alma que se emancipaba de la odiosa tiranía de las ideas, que buscaba vida y no lógica, fe y no dogmas, un hombre que se resistía a nuestro encasillado, un alma libre, rebelde a los convencionalismos, un joven a quien unas veces llaman jesuita y otras aventurero los que son dinásticos, monárquicos o republicanos, ortodoxos o libre pensadores.

Presentóse como nitzscheniano, una postura como otra cualquiera. Lo que es en realidad es un patriota, un patriota de verdad, empeñado en despertar a los que le rodean a latigazos, fustigándolos, mucho por espíritu oneroso, algo por deporte, algo también por dar que hablar. Yo suelo decirle: «corra, corra usted, que ya pasará, y empezará a andar al paso, y entonces verá de lo que es capaz... Porque espero de él más que él mismo de sí espera... si no se tuerce.

Si no se tuerce, si; si la atmósfera en que vive no le ahoga, sino le sofoca el amor convertido en indignación. Porque corre peligro de acabar como Corominas le ha dicho en un hermoso artículo, de *rey de los golfos*. ¿Y el inspirar artículos como éste de Corominas, no es algo? Así que leí el artículo de Corominas, escribí a Maeztu suscribiéndolo, y me contestó con una carta hermosa. ¿Qué mejor que reproducir aquí pasajes de esa carta, escrita en la intimidad, sin la menor sospecha de que habría yo de aprovecharla de este modo? Allá van:

«Es muy posible que tenga usted razón en todo y que yo sienta demasiado prisa. Acaso me encuentro muy amargado, acaso se haya desencadenado sobre mí una tempestad de nervios, pero esto me indigna y me enfurece. El talento convencional, la posición convencional y lo único que quedaba a este pueblo de chulos, el valor... convencional también. ¿No se atrevía nadie a abofetearlos? Pues aquí estoy yo. Esos que usted llama los desgraciados que yo fustigo forman la juventud. ¡Lindo porvenir nos aguarda! Yo agradezco en el alma el artículo de Corominas y la carta de Vd.; pero ustedes viven en las nubes o en las estrellas y toman con demasiada filosofía estas miserias. Yo no, yo soy español, aquí vivo y aquí me moriré probablemente. Mi nietzschianismo es una martingala. Ni aspiro a la categoría de Superhombre ni necesito para nada hacer víctimas, ni degollar rebaños. Pero ¡por Cristo vivo!, ¡que se mueva esta gentuza acanallada! ¡Que bagan dinero los negociantes, ciencia los profesores, higiene los médicos, arte los artistas, trabajo los obreros, política los políticos, periódicos los periodistas! En último término yo no tengo aspiraciones, no seré nunca ni diputado, ni concejal, ni académico, ni socio de ninguna sociedad, ni siquiera presidente de un comité. Yo creo que tiene Vd. razón al decirme que encuentra en mí un poeta. Yo lo que hago es querer u odiar, más que comprender e investigar, y con lo que ya he vivido tengo bastante material para encerrarme en un rincón y pasarme los años contando ternezas, llorando dolores y riendo alegrías. Pero ¿y los periódicos?, ¿y la

atrofia de esa gente? Todos los días he de indignarme a la lectura de un periódico, enfurecerme a la de un libro, crisparme en una representación teatral... ¿Cómo hacer ternezas ni nada de provecho cuando he de pasar lo más del día indignándome y exasperándome? ¿Que se muera este pueblo o que empiece a vivir, y entonces hablaremos!... Podrá no ser muy nietzscheniana la indignación y (como dice Corominas) el amor que me inspira el rebaño, pero entrambos sentimientos me llevan y me traen y me dominan. Ya sé que en todo caso para la regeneración (me gusta la palabra) de esta gente, de más efecto son las prédicas de ideas que las acometidas personales. Pero yo no soy filósofo, sino hombre... ¿No he de indignarme? Yo que he vivido siempre en plena luz, no he de indignarme contra unas gentes –a las que quiero tanto– que por estrechez espiritual me juzgan unas veces jesuita y otras aventurero?... Todo esto de la regeneración ha sido un plagio miserable. Y me voy agriando, querido Unamuno, me voy agriando, y sino pongo tierra de por medio temo un desastre moral dentro de mí... Ya sé que los hombres fuertes ceden en la adversidad y aguardan para erguirse al día de la bonanza. Pero Vd. lo ha dicho. Tal vez lleve yo dentro un poeta melancólico, y condición de poeta, aunque parezca paradójica, es la de querer partir el mundo a puñetazos. A ratos se me importa una biga de la poesía y me siento soldado, como el pobre Heine. Perdóneme estos desabogos...»

En vez de perdonárselos los trascibo aquí. Porque ahí está el hombre de cuerpo entero, tal como se vertió en una carta íntima, que ni soñó sacase a luz yo; ahí está el hombre.

Cuando leí lo de su temor del desastre moral me acordé de Ganivet, ¡pobre Ganivet!, ¡pobre Ganivet, perdido cuando más falta nos hacía! Pero confío en que no se nos perderá Maeztu, ni le sofocará el generoso amor que hacia los golfos siente, a esa gente, *a la que tanto quiere* y que por estrechez espiritual tan mal le juzga. Yo recuerdo un día en que después de soltarme unas cuantas paradojas contra la mendicidad dio una limosna a un mendigo.

¿Qué ha hecho? Hasta ahora artículos sueltos, parte de ellos reunidos en un volumen a que tituló *Hacia otra España*; ensayos de ocasión, notas de actualidad, toques de verdadero poeta. Y estos últimos los que menos ha reparado el público.

Yo le excito sin cesar a que vaya al campo, se temple en su sedante serenidad, repose en espíritu, se empape en calma, y emprenda algo de empeño, de verdadero empeño. Y tiene el propósito de trabajar allá, en Marañón, entre las montañas de Navarra, algo granítico, que sepa a la fuerte tierra, incansable engendradora y devoradora de hombres, esponja de sudor y fuente de sangre. Yo lo deseo, deseo ver lo que brota en la quietud vigorizante del campo de ese espíritu de poeta luchador que lleva las melancolías de la melancólica Vitoria dentro del alma.

MIGUEL DE UNAMUNO.

[*La Vasconia. Revista Ilustrada* (Buenos Aires), 30 de abril de 1900].

3

Una carta de Unamuno

A continuación publicamos una carta rectificación del señor Miguel de Unamuno, sin embargo de parecernos injustas sus quejas en lo que a esta Revista se refieren. Apreciamos su intelecto y nos agrada por esto mismo verlo sensible al concepto de su baskismo.

Clasificamos de injustas las apreciaciones que hace de nosotros, porque esta Revista no hizo más que analizar su conferencia de Bilbao, ratificada por él mismo en lo que tenía de agresiva para el euskarismo, en comunicados suyos a diarios enemigos del régimen basko.

En los diversos números que dedicamos a la refutación de sus conclusiones, nos ceñimos a la demostración de sus errores, y en lo personal le tratamos con especial consideración, además de por costumbre, porque creíamos que sufría un extravío del que era de esperar reaccionaría en bien propio y del país a que pertenece.

Así pues, creemos que si el señor Unamuno opinaba que nosotros éramos los equivocados y no él, debió haber refutado nuestros argumentos, ampliando sus conceptos si así creía conveniente y no venir después de cuatro años de silencio a decir que lo juzgamos sin conocer su conferencia de Bilbao.

Nosotros no hemos cambiado de parecer. Los principios con que refutamos sus doctrinas, son los que constituyen el credo baskongado de esta Revista.

Respecto a él –al señor Unamuno– creíamos entonces, y creemos ahora, que rectificará sus conclusiones de entonces, porque podrán más en él los austeros dictados de la ciencia que el prurito de la consecuencia de un impulso momentáneo de presunción errónea.

En lo demás, bueno es hacer constar, que en el supuesto de haber errores en nuestra apreciación con respecto a sus conclusiones, era solo a él a quien correspondía aclararlas, si en algo estimaba, como parece, el concepto de esta Revista, y no a nosotros que estamos persuadidos de estar en lo justo.

En lo que hace al médico mundaqués don José de Arriandiaga, es escritor bien conocido que no necesita de nuestra defensa para aclarar el fundamento de sus afirmaciones.

He aquí la carta:

Señor Director de LA BASKONIA.

Muy señor mío y paisano: le agradeceré inserte en su revista las siguientes líneas.

Acabo de recibir el número 434 de su revista, correspondiente al 20 del pasado Octubre, y en él me encuentro con un artículo que me dirige el infatigable médico mundaqués don José de Arriandiaga y que empieza así:

«Exclama usted, con sinceridad o sin ella:

¡No hay más patria que una: la humana! ¡Desaparezcan pues, las razas mezclándose todas ellas entre sí! ¡Fuera las nacionalidades, fuera los Estados, fuera las legislaciones varias».

Y no he seguido leyendo, porque como yo no he exclamado nunca, ni con sinceridad ni sin ella, semejantes cosas, todo lo que sigue huelga.

Y termina el artículo con esta nota; «Réplica a las teorías vertidas por el señor Unamuno en una conferencia».

Ni hay tales teorías ni el señor Arriandiaga me ha oído conferencia alguna.

Estoy ya harto de que en mi propio país se me atribuya, al buen tun tun, todo género de cosas y lamento la inaudita ligereza biskaitarresca que lleva a los llamados bizkaitarras a hablar sin ton ni son y sin enterarse.

Los que hace cuatro años protestaron de mi discurso de Bilbao empezaron por no enterarse de él, contándose entre los protestantes precipitados y no enterados esa revista que usted dirige.

Muchas veces he escrito acerca de mi casta baskongada –últimamente en mi última obra *Vida de D. Quijote y Sancho*– y antes de hablar de un hombre, y asenderearle, y pretender juzgarle es lo primero enterarse bien de lo que dice. Y el señor Arriandiaga, y con él otros muchos de mis paisanos, desconocen en absoluto cuál sea mi manera de pensar y no quieren tomarse el trabajo de averiguarlo. Y yo no digo que merezca la pena de saberlo, más sí digo que pues lo desconocen me dejen en paz y vayan acostumbrándose a no hablar sin saber bien lo que dicen.

Queda suyo affmo. S. S. y paisano.

MIGUEL DE UNAMUNO.

Salamanca, 22 de Noviembre de 1905.

[*La Baskonia. Revista Ilustrada* (Buenos Aires), 10 de enero de 1906].



Recuerdos de niñez y mocedad

EL BOMBARDEO

El suceso verdaderamente nuevo, verdaderamente imprevisto, el suceso que dejó más honda huella en mi memoria, fué el bombardeo de mi Bilbao, en 1874, el año mismo en que entré al Instituto. En él termina propiamente mi niñez y empieza mi juventud con el bachillerato.

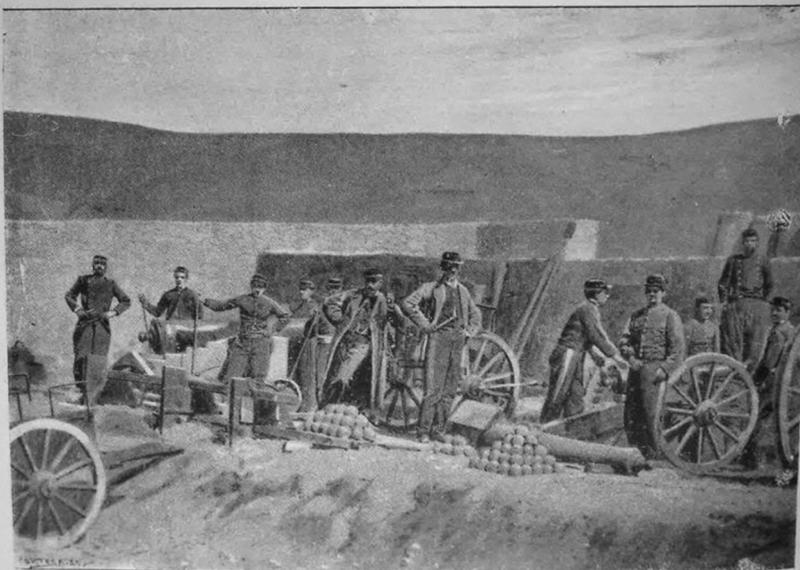
Diez años escasos tenía yo cuando á los carlistas, que tenían sitiado á Bilbao desde el día de Inocentes de 1873, se les ocurrió bombardearlo.

Me acuerdo bien del día 21 de Febrero, en que empezó el bombardeo. Habíanlo anunciado, pero muchos lo tomaban á broma. Mi hermana mayor y yo estábamos en el mirador de nuestra casa de la calle de la Cruz, esperando á lo que hubiera; y una de las primeras bombas que llegaron á la villa, creo que la primera, cavó dos ó tres casas más abajo de la nuestra. Empezó la confusión, el cierre de tiendas; vinieron á buscarnos y nos bajaron á la confitería, donde nos reunimos casi todos los vecinos de la casa. Las mujeres, lloraban algunas, los hombres trataban de animarse animándolas.

Y empezó para mi uno de los periodos más divertidos, más gratos de mi vida. En los más recónditos senos de mi conciencia aparece el bombardeo de mi villa como edad heroica y remotísima, confinante con las nieblas de la prehistoria y los carlistas como vagas reminiscencias de fósiles, mamutes y mastodontes de esta mi edad genesiaca. Pues conviene que diga que yo apenas llegué á ver un carlista, quiero decir un soldado de S. pretendiente M, en uniforme de beligerante sino representado en los "santos", no siendo hasta la conclusión de la guerra. Digo mal, con un largo catalejo—lo que los ingleses llamaban un tubo filosófico—vi uno día desde mi calle á uno que abría un foso en el alto de Quintana, en Archanda, y cuyos botones de metal dorado reflejaban al sol.

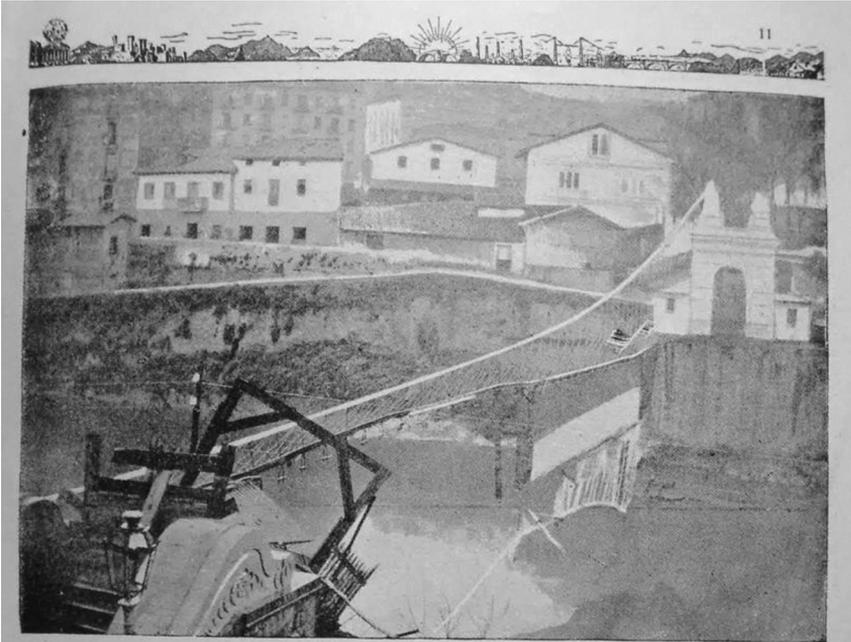
¡Dichoso periodo en que no hubo escuela sino muy pocos días!

Nos pasamos lo más del bombardeo metidos en la lonja de una confitería de unos tíos míos, muchas veces con luz artificial aun de día. Allí ordenábamos



DEL SITIO DE BILBAO. — Batería de Solakoeche

Reproducción del capítulo «El bombardeo», que formaría parte de la obra «Recuerdos de niñez y mocedad».



El famoso puente colgante destruido por una bomba

ejércitos de pajaritas de papel que se batían unas con otras en campo alumbrado por un trocito de cerilla dentro de una jaula de grillos preparada de modo que sólo proyectara la luz por un lado, artefacto que hacía de luz eléctrica exploradora del campo enemigo.

¿Qué aspecto tan pintoresco ofrecía la villa! Era cosa de ver todos aquellos blindajes de tablonés, sacos, cueros y el ingente aparato de vigas con que apuntalaban las casas. Y eso que nos permitían arriesgarnos lejos de la calle.

¿Y las bombas mismas? Cuando luego de oír la campanada, y después el cuerno avisadores, se sentía era cerca, tal vez sobre nuestras cabezas, nos hacían, los primeros días, tendernos en el suelo, y esperar allí, pegados á él para mayor seguridad, á que estallase. Cuando era en casa, estremeciase ésta toda y luego volvíamos á vivir. Y apenas estallada la bomba, si era en nuestra calle, salíamos á recoger los cascos cuando aun quemaban las matos.

De los escombros hacinados en medio de las calles sacábamos proyectiles para bombardear, en los respiros del bombardeo de verdad, tiendas abandonadas. A raíz del bombardeo se desarrolló entre los chicos de la villa, como diré, un verdadero furor bélico, formándose famosas partidas.

Y ¿es cosa acaso de que se goza todos los días lo de poder entrar cubiertos en una iglesia, trepar á sus altares, encaramarse á su púlpito, y jugar en ella al escondite? Pues esto pudimos hacer en la iglesia de los Santos Juanes durante el bombardeo, y recoger los prismas de vidrio de sus destrozadas arañas para ver al través de ellos irisado el templo.

En un respiro que nos dieron, en unos días de tre-

gua, hubo colegio, y allí fueron de oír los noticiosos que cada cual llevaba y los comentarios. Unos se jactaban de vivir en casa en que habían caído diez ó doce bombas, á lo que se seguía el consabido y escéptico: "¡si! las ganas!..."; tal había que con sus propios y mismisimos ojos vió cómo uno apagó una bomba orinando en su encendida espoleta; quien sabía que los carlistas, á guisa de laboriosos topes, tenían hecho por debajo de la villa un grandísimo túnel y que cuando menos se pensase surgirían del suelo como por ensalmo y armados hasta los dientes. Aseguraban algunos que muy pronto inundarían las calles en desenfundada avalancha y á éstos se les recordaba con desdén los espantables caballos de frisa que guarnecían la barricada de la Muerte y las mágicas columnitas de humo que desde Miravilla se vislumbraban al decir de las gentes. Y mucho más que se contaba.

Mas como quiera que mis recuerdos infantiles del bombardeo de mi Bilbao los he contado en mi novela "Paz en la guerra", no creo debo volver aquí sobre ello. Y sólo me limitaré á recordar cómo el día dos de Mayo, subido en un banco del paseo del Arrenal—banco que hoy mismo podría señalar—presencié la entrada de las tropas libertadoras, entre lágrimas y vitores. Es uno de esos espectáculos que bajan al fondo del alma de un niño y quedan allí formando parte ya de su suelo perenne, de su tierra espiritual, de aquella á que los recuerdos, al caer como hojas secas del otoño, abonan y fertilizan para que broten nuevas hojas primaverales de visiones de esperanza.

Miguel de Unamuno

Reproducción del capítulo «El bombardeo», que formaría parte de la obra «Recuerdos de niñez y mocedad».

4

HISTORIA

Allá, desde 1872 a 1874, escribió don Ildefonso Antonio Bermejo unas que llamó cartas trascendentales, dirigidas primero al rey don Amadeo I de Saboya y después a S. A. R. el príncipe don Alfonso de Borbón, el que luego fue Alfonso XII, padre del todavía hoy rey de España, cartas que intituló *La estafeta de Palacio* y en las que se narraba y comentaba el reinado de doña Isabel II y las postrimerías del de su padre Fernando VII, el ex Deseado. Publicadas en libros, formaron tres grandes tomos en folio de más de 2700 páginas entre los tres. Fue obra muy leída en España hace cincuenta años y merece volver a serlo. Pues aparte de los sermoncitos y moralejas y ejemplaridades que el autor saca a cada paso, contiene curiosísimas noticias, documentos y cartas que allí por primera vez se publicaron, semblanzas muy atinadas de nuestros políticos de la primera mitad del siglo XIX y juicios muy sensatos. El autor era más bien lo que llamaríamos un reaccionario, se decía antidemócrata y era ferviente partidario de la dinastía borbónica. Su libro es hoy aquí de grandísima utilidad.

En la vigésima-séptima carta trascendental del tomo III, después de estampar el documento que como protesta firmó doña Isabel II al dejar para siempre el trono de España, después del 29 de septiembre de 1863 –documento que redactó aquel don Severo Catalina que había volcado en un libro titulado *La mujer* todos los más ramplones tópicos que sobre ella pueden volcarse– el bueno de don Ildefonso Antonio Bermejo, dirigiéndose al que luego fue rey don Alfonso, le decía: «Aprended, señor, en la caída de vuestra excelsa madre que ya no existen en el mundo Poderes irresponsables. El sistema constitucional les admite, es verdad, descargando la responsabilidad sobre los consejeros del monarca; pero después de haber rodeado a la libertad de tales garantías no se concibe que la violencia sea nunca precisa para que triunfe la voluntad del pueblo sobre la de una sola persona. Tened en cuenta, señor, que la responsabilidad de los monarcas no se exige más que una sola vez; pero es definitiva. Tanto peor para V. A. si olvidáis vuestro empeño y desconocéis la situación que en los pueblos modernos ocupan los reyes y los tronos».

Este precioso pasaje, que sería hoy de actualidad aquí, si no llegara ya tarde, lo hemos recordado después de la última vergonzosísima y tumultuosa sesión de nuestro Congreso, donde se dieron gritos de esos que la ramplonería conservadora llama subversivos y sin que nadie protestase con fervor y sinceridad en contra de ellos, y después sobre todo de la formidable manifestación del domingo 10, de este mes de diciembre en la Villa y todavía Corte de Madrid. Todo lo cual, repercutiendo fuera de aquí –ahí, por ejemplo–, acabará de desvanecer una leyenda que habían tejido los españoles que creen que es patriótico vivir del engaño y los representantes, más que de la Nación, del Reino de España. Y se sabrá cuál es el verdadero pueblo español.

Aquí no se habla ya más que de las responsabilidades por el desastre de Marruecos, por lo que yo llamo la santiagada –había una promesa de llegar por coraje a la costa de Alhucemas el día de Santiago Matamoros, 25 de julio de 1921– y a encender más al pueblo ha contribuido el ejemplo de Grecia con el escarmiento que hizo en los encubridores de Constantino, luego que éste había abdicado y huido. No se habla más que de las responsabilidades, que va a ser ya punto menos que imposible escamotear. Yo he oído de labios del rey que hay que exigirlas todas y a todos, sin excluir a él, que así decía, y esto constándole que es por la Constitución irresponsable. ¿Qué era eso? ¿Un truco, que decimos aquí? Porque su conducta posterior no concuerda con aquella manifestación.

Se piden las responsabilidades, pero en rigor se pide la responsabilidad, la del irresponsable; se pide que cese el régimen de irresponsabilidad. Porque aquí todos estamos en el secreto de lo que pasó con aquel desgraciado general Fernández Silvestre –el que había recibido el telegrama de «¡olé los hombres!, así se hacen las cosas»– y cómo desaparecieron los documentos de su mesa despacho de Melilla. Y todos sabemos cómo y por qué y por quién se ha sostenido esa impopular guerra de Marruecos, mantenida hace unos años por la germanofilia –o mejor, por la francofobia y anglofobia– troglodítica y por el bárbaro atavismo de las cruzadas contra el infiel marroquí. Y luego que se hundió el ensueño del que yo suelo llamar el ex futuro Vice-Imperio Ibérico, esa guerra era más impopular aún.

Consumía, además, al Ejército que allí peleaba de pésima gana la misma gangrena que en este régimen de la Tras-Regencia está corroyendo a esta Nación, y es el juego aliado con la lujuria venal. Es la timba –timba» es palabra catalana que quiere decir despeñadero o derrumbadero– por la que se está precipitando este Reino de España.

La revolución española, de que os he hablado tantas veces, que empezó en rigor en 1914, cuando empezó la gran guerra de las Naciones, pero que tuvo su epifanía el 10 de junio de 1917, cuando la sublevación –que no otra cosa fue– de los oficiales del Ejército de guarnición en Barcelona, la revolución española está en marcha. Y creemos que ya no es fácil atajarla. No sirve, pues, ponerse a discernir si lo que ha de seguir a esto será mejor o peor que ello, que lo que tenemos. Esto se va y se va sin remedio. Os lo digo como historiador, como cronista, y no como político. Cuando tantos han creído que el engaño esparcido fuera de España podría contribuir a engañarnos, creo que mi deber es deciros la verdad.

La tradicional guerra civil española, la que da su tono trágico a la historia de España durante todo el siglo XIX, esa guerra civil rebrotó al calor de la gran guerra de las Naciones. La neutralidad del Reino de España en ésta solo sirvió para fomentar más esa guerra civil, nuestra guerra. El liberalismo español despertó en la lucha contra la germanofilia española –en la que figuraban, ¡claro está!, elementos de los llamados de extrema izquierda, pero antiliberales– y el liberalismo español, por lógica íntima, ha tenido que hacerse republicano. A pesar de los aquí sedicentes republicanos. Y ha surgido un nuevo republicanismo, no al calor

de teorías de derecho político, sino al calor de la historia. Y en la historia lo que cuentan son los hombres.

Los de la llamada Concentración liberal-democrática, los que hoy ocupan el Poder, hicieron bandera programática de la reforma de la Constitución, limitando los privilegios de la Corona. Pero el curso precipitado de la historia va a dejar en segundo término eso de la reforma. Ya no hay tiempo para ella. Ante la crisis de la irresponsabilidad constitucional la reforma de la Constitución pierde su sentido. Y estamos en esa crisis.

Hay algunos que esperan que se pueda ir prolongando este estado de cosas, interino sin duda, hasta el 10 de mayo del año próximo venidero, en que el príncipe de Asturias –fíjense en que Asturias es casi un anagrama de Austria– cumplirá los 16 años –que es la edad mayor (!!!) para reinar según la ley española–, pero no creemos que la que entonces y con eso se presente sea solución.

Estos últimos años han sido tristísimos en España. Se quería hacernos vivir de engaño en un régimen de deporte y de cinematógrafo. Lo que se llama valor era valor deportivo, teatral, en el fondo cobardía. El verdadero valor, el valor cívico, el de mantener la palabra, el de jugar juego limpio y no a dos barajas, este valor no se veía por casi ninguna parte. Y luego ese terrible azote del juego de azar y la frivolidad deportiva y la mendicidad y con ella la mendacidad. Y a los que nos revolvíamos en contra de eso nos llamaban locos o apasionados.

Creedme, sin embargo, que mi mayor pasión es la de la historia, la de vivir en la historia, la de vivir la historia, la de vivir para la historia. Mi pasión es la sinceridad. Y en los días que hoy aquí vivimos, días de tiempo macizo, de tiempo henchido de eternidad, o sea de historia, la temperatura del espíritu público enciende nuestra sinceridad. Es inútil en épocas tales pretender escamotear la verdad.

La vida toda espiritual española se está concentrando hoy en la vida política. Y para la literatura y el arte esto anuncia un periodo clásico. Que sólo a favor de una historia maciza se llega a producir obras de eternidad.

MIGUEL DE UNAMUNO.

De *La Nación* de Buenos Aires.

[*La Baskonia. Revista Ilustrada* (Buenos Aires), 20 de febrero de 1923]⁵.

5. El artículo, como comentaba en la introducción que era habitual en *La Baskonia*, es tomado de una publicación para la que había sido escrito previamente. En este caso, como señala la propia revista, se trata de *La Nación*, de la misma ciudad de Buenos Aires, que era una de las publicaciones más importantes de la época y en la que Unamuno colaboró ampliamente. El texto había sido escrito por Unamuno en Salamanca, en diciembre de 1922, y apareció en *La Nación* el 9 de febrero de 1923. *La Baskonia* publicó solo una parte, aproximadamente el 65% del final del texto. Aún permanecía desconocido. Lo reproduzco en su integridad, según una copia del artículo de *La Nación* que se conserva en la Casa-Museo Unamuno de Salamanca, con la signatura siguiente: CMU; 8-155.

5

El destierro de Unamuno

De un periódico local tomamos fragmentos de dos cartas que, según parece, se han cruzado entre los señores Horacio Echevarrieta y Unamuno.

La patriótica y desinteresada actuación que el señor Echevarrieta tuvo en la liberación de los españoles en poder de los moros, sacrificando sus convicciones republicanas en bien de los prisioneros, aunque con ello se beneficiara la monarquía, y su actual solidaridad con la actuación de Unamuno da a esta un gran valor moral que nadie puede empequeñecer.

He aquí la publicación de referencia:

HENDAYA, 1.— Ha sido muy comentada en Madrid la carta que don Horacio Echevarrieta dirigió a don Miguel de Unamuno, diciéndole lo siguiente:

«No tengo el gusto de conocerlo a usted personalmente, pero como liberal y paisano pongo mi fortuna a su disposición».

El señor Unamuno contestó la misiva del señor Echevarrieta en los siguientes términos:

(Carta de Miguel de Unamuno a Horacio Echevarrieta)⁶

Le agradezco su oferta. Tenemos ambos la honra de ser bilbainos netos y, por consiguiente, liberales. Fui amigo de su padre.

La víspera de la fecha en que me ordenaron mi destierro, dándome un plazo de 24 horas para salir de Madrid, presté declaración en el proceso que se me

6. Horacio Echevarrieta (1870-1963), fue un personaje muy importante en la España de principios del siglo xx. Magnate rico y famoso, era miembro de la burguesía bilbaina de Neguri, habiendo heredado a la muerte de su padre gran cantidad de bienes, y dedicándose a la explotación de minas de hierro, la inversión en el sector eléctrico, la construcción naval, etc. Entre 1914 y 1917 sería diputado por Bilbao en las Cortes por el partido Radical Republicano. Fue muy sonada, como cuenta *La Baskonia*, la negociación desde uno de sus veleros, en la bahía de Alhucemas, para la liberación, previo pago de cinco millones de pesetas de su propia fortuna, de los soldados españoles capturados por Abd-el-Krim tras el Desastre de Annual. El industrial vasco fue un pionero en muchas actividades, impulsando la aviación comercial en España, con la fundación de Iberia en 1927; fundaría igualmente Iberdrola, sería el propietario de los astilleros de Cádiz, etc. Como cuenta Emilio Salcedo, fue en su habitación de Cádiz, donde Unamuno pasó ocho días camino del destierro a la isla de Fuerteventura, en donde recibió la oferta de Echevarrieta: «Otro vasco le visita, el señor Aldecoa, apoderado de don Horacio Echevarrieta, ofreciéndole de parte de éste un cheque en blanco para que don Miguel pueda hacer frente a las dificultades económicas de su nueva situación» [SALCEDO, Emilio. *Vida de don Miguel (Unamuno, un hombre en lucha con su leyenda)*. Salamanca: Anthema, 1998, p. 277].

sigue por mi discurso de la Sociedad El Sitio, preguntándoseme si al hablar de alguien perseguido y calumniado por el rescate de los cautivos de África me refería a usted. Se me preguntaron también otras necesidades.

Aquí me tienen confinado, sin dejarme salir del hotel. Si me mandan a Fuerteventura, estoy dispuesto a no continuar el viaje con mis recursos: que me lleven preso y atado y que me priven de recursos –sostengo mujer y seis hijos–, pero no lograrán que obre como el marqués de Cortina.

Por ahora mi familia y yo no necesitamos más que el apoyo moral de los ciudadanos honrados para que triunfen la libertad civil y la justicia.

Ni al Directorio ni al rey acudiré pidiéndoles nada, y menos perdón por un delito que no he cometido: eso equivaldría a pedir limosna, lo que no quiero.

Usted quiere pagarme los servicios que hice a Vizcaya, que defendió su padre en unión del mío, y cuyos espíritus se estremecerán.

Salí de Salamanca condenado sin proceso el día 21 de febrero a las 11, cuando se cumplía el cincuentenario de la fecha en que vi caer la tercera bomba sobre nuestra villa. ¡Dios sabe si el 2 de mayo podré, libre, alegrar a Bilbao con la liberación civil de España y con el triunfo de la justicia!

Le estrecha la mano con pena y una lágrima en los ojos su amigo por la herencia y el afecto.

MIGUEL DE UNAMUNO.

[*La Baskonia. Revista Ilustrada* (Buenos Aires), 20 de marzo de 1924].

6

Un rato de conversación con Unamuno

A la casualidad debo, entre otras cosas de mi vida, el conocer a este gran viejo desesperado que es don Miguel de Unamuno.

Estaba tomando mi café de las dos de la tarde, hace algunos días, en una mesita de *La Rotonde*, cuando, frente a mí, se sentó un hombre de cabellos y barba encanecidos.

Su traje azul oscuro, cerrado hasta el cuello, hacía más clara la mancha de su rostro.

Hojeando libros y revistas, me había encontrado muchas veces con diversos retratos del maestro, desde aquella magnífica caricatura de Bagaría, tan popularizada

en España y en América, hasta una fotografía reciente, tomada en Fuerteventura, en la que don Miguel aparece en un camello, en un ilustre camello condecorado.

A través del objetivo, yo me había forjado una imagen de Unamuno bien diferente de lo que es él en realidad.

Creía yo que don Miguel era de estatura mediana, paliducho, débil. Y me había formado esta imagen a pesar de conocer muy bien la reciedumbre de sus acciones y de su obra entera.

El hombre que tenía frente a mí, era un hombre de traza vigorosa, alto, sanguíneo, de gestos rotundos y de mirada penetrante, casi dura.

Pero este hombre, cuyo rostro de líneas enérgicas me recordaba con cierta vaguedad el rostro del profesor de Salamanca, trabajaba nerviosamente, concienzudamente, con una pequeña hoja de papel. Entre sus manos de dedos gruesos, le dio infinitos dobleces y, por fin, junto a mi taza, en actitud pensativa, grave, filosófica, una pajarita apareció ante mis ojos asombrados.

No había duda. Este hombre no podía ser otro que don Miguel de Unamuno.

El me miró por encima de sus lentes, sonrió y me preguntó:

—¿Es usted griego?

—No, don Miguel, respondí. Soy americano.

—Pero, es curioso. Tiene usted tipo de griego...

Venga Vd. a mi casa, *2 rue de la Perousse*. Venga Vd. mañana. Charlaremos. Le mostraré a Vd. mis dibujos...

Don Miguel me estrechó la mano, dejó un franco sobre su taza y se marchó, erguido, a pasos rápidos, con los pantalones recogidos sobre sus piernas, todavía fuertes.

Desde aquella tarde, una pajarita de papel medita sobre mi mesa de trabajo, junto al brazalete de cobre que Apollinaire fabricara en las trincheras y frente al retrato de la pobre niña que cuenta las estrellas, cada noche, allá abajo, en mi tierra del sur...

Cuando al día siguiente fui a visitarlo, me recibió como a un viejo camarada.

—Pase Vd. Siéntese un momento. Estoy terminando una carta...

La habitación era pequeña, modesta. Sobre la chimenea había un montón de libros. Por todas partes, hasta en el suelo, periódicos y papeles.

Y me senté en la cama y cogí una revista.

Don Miguel terminó su carta, se volvió hacia mí y como reanudando una conversación, dijo:

—¡Ah! España, dijo. No sé. Creo que no volveré tan pronto. Esperaré hasta que aquello cambie completamente...

Aprovechando un instante en que la luz sea favorable, tomo un lápiz y hago un croquis. Don Miguel lo observa y dice:

—No está mal... algo flojo, ¿sabe? Yo también dibujo. Allá en Fuerteventura dibujé mucho. Traigo más de trescientos dibujos de camellos.

Se levanta, revuelve en una carpeta y me muestra.

—Vea usted. Hay algunos que son simpáticos. No están mal...

Los dibujos de don Miguel tienen una justeza y una sencillez de líneas admirables.

—Este es el retrato de un hijo mío, me dice, pasándome una carpeta pequeña. Lo hice poco antes de que el pobre muriera. Lo llevo siempre conmigo.

En trazos casi esfumados distingo el rostro doloroso y la frente abultada de un niño.

Don Miguel comenta:

—Nació hidrocéfalo...

Luego, como para ahuyentar un recuerdo de sufrimiento, propone:

—¿Quiere usted que salgamos? Hoy hace sol...

En la calle, al pasar junto a una estación del Metropolitano, me dice:

—¿No le son antipáticos a Vd. estos sumideros del metro? A mí me dan una impresión dolorosa, de pesadilla.

Mire Vd. como baja la gente, apretándose, estrellándose, en un ansia febril de ganar tiempo...

Esta febrilidad, este apresuramiento de la vida moderna, es angustiador.

Don Miguel camina erguido, con las manos cruzadas a la espalda.

Entramos en un jardín público.

Yo pregunto:

—¿Ha escrito mucho en Fuerteventura?

—Sí. He escrito algo, me contesta. Luego publicaré un libro de sonetos hecho allí. ¿Quiere conocer alguno? Escuche Vd.

Nos sentamos bajo una encina, y don Miguel recita con el rostro levantado:

¿Cuál de vosotras, olas de consuelo
que rodando venís desde la raya
celestial y surcando con la laya
de espuma de la mar el leve suelo;
cuál de vosotras que aviváis mi anhelo
viene del fiero golfo de Vizcaya?

¿Cuál de vosotras con su lengua ensaya
cantos que fueron mi primer desvelo?
¿Sois acaso sirenas o delfines
a brizar mi recuerdo estremecido
que de la mar se ahoga en los confines?
¿Cuál de vosotras, olas del olvido,
trae acá los zortzikos saltarines
de los regatos de mi verde nido?

Es el grito de nostalgia irresistible; es el hombre que está solo y sufre. Y en la zozobra que anega sus horas de soledad, nace la hora, florece la hora inevitable en que los ojos se abren y el corazón tiembla, desesperado:

Al frisar los sesenta mi otro sino
el que dejé al dejar mi natal villa
brotó del fondo del ensueño y brilla
un nuevo porvenir en mi camino.
Vuelve el que pudo ser y que el destino
sofocó en una cátedra en Castilla;
me llega por la mar hasta esta orilla
trayendo nueva rueca y nuevo lino.
Hacerme al fin el que soñé, poeta,
vivir mi ensueño del caudillo fuerte
que el fugitivo azar coge y sujeta,
volver las formas, dominar la suerte
y en la vida de obrar por fuerza inquieta
derretir el espanto de la muerte.

¡Derretir el espanto de la muerte! Aniquilar el límite, romper el muro de impenetrable granito, y para esto, ser poeta, cantar.

Cantar, cantar todos los días, azotar el muro, barrer el límite en el sueño del canto, en la ebriedad del canto.

En la tarde en que el viento que viene del norte ondea las hojas de los árboles, un niño, un pequeño niño jubiloso, viene corriendo hasta nosotros.

Don Miguel de Unamuno le abre los brazos, lo estrecha, y yo veo que las lágrimas enturbian el cristal de sus lentes.

A.R.G.

París.

[*La Baskonia. Revista Ilustrada* (Buenos Aires), 10 de enero de 1925].



La Baskonia. Revista Ilustrada (Buenos Aires), 10 de octubre de 1928. Bajo la fotografía rezaba el siguiente pie: «UNAMUNO EN HENDAYA. Fotografía recientemente tomada de D. Miguel de Unamuno en Hendaya, con su señora, tres de sus hijos (tiene ocho) y el yerno. Foto S. Aranaz».

7

Una entrevista con Unamuno

El colaborador de *La Prensa* señor Ricardo Saenz Hayes, se entrevistó últimamente en Hendaya con D. Miguel de Unamuno, que, como se sabe, se encuentra voluntariamente desterrado en dicha localidad del norte pirenaico. Dicha entrevista ha dado al señor Saenz Hayes motivo para escribir un interesante artículo que se publicó

el 17 del actual en el citado órgano de la mañana del que nos permitimos reproducir a continuación la última parte:

Don Miguel de Unamuno, no espera en vano la vuelta de la normalidad constitucional en España. El río que ha salido de madre, por ley natural tornará a su cauce. El eco de los tumultos en los cuarteles o de las manifestaciones estudiantiles, lléganle cual mensaje de la España nueva y futura. Su destierro es fecundo en esperanzas. Azorín ha recordado en estas mismas columnas el destino de Jovellanos, a quien la indigna familia de Carlos IV tuviera encerrado durante seis años en el castillo mallorquín de Bellver. Infinitamente más venturoso el destino de Unamuno, porque le ha permitido volver a su tierra vasca, en donde medita, escribe y espera... Por las calles y la playa de Hendaya se le ve caminar con paso mozo, descubierta la alba cabeza y tostada la frente por el sol. Con ese aire de caballero del Greco, de continente adusto y oscura vestimenta, hasta los que no le conocen –muy pocos en este pueblo– experimentan la sensación de que un hombre de calidad es el que va pasando. Cuando os sentáis a su vera y seguís el hilo de su erudito discurrir, al punto se advierte la frescura mental y la entereza de ánimo. Y ello es así porque en Hendaya la voz de la tierra es voz familiar, voz de antepasados.

–Tengo hechos los sesenta y cuatro años –nos dice Unamuno– y me siento más fuerte que nunca. Mi vuelta a la tierra vasca tiene en cierto modo el valor de una vuelta a mi niñez, edad que estimo entre las mejores del hombre. Infancia y madurez es lo que vale la pena de vivirse, mas por nada en el mundo quisiera yo volver a ser un joven de dieciséis a veinticuatro años, el periodo más desconcertante y angustioso. Tengo sesenta y cuatro años y abrigo la certeza de llegar a los noventa; con que no duden ustedes que he de ver con los ojos bien abiertos la caída de la dictadura...

De seguida, y por el mismo tono festivo, don Miguel refiriónos por lo somero las gestiones realizadas por la dictadura para que el gobierno francés le expulsara de Hendaya.

–En el capítulo de cargos contra mí se decía que desde aquí molesto, agito, escribo. No le podemos tolerar en la frontera misma, como ustedes tampoco toleraron en Irán a Paul Derouléde.

Como el gobierno de Madrid exigiera que a Unamuno se le fijara un límite en Bayona o Burdeos, el gobierno francés preguntó en virtud de qué decreto o fallo del tribunal superior había sido desterrado, sanción legal que en Francia fuera impuesta a Derouléde y Malva.

–¿Sabe usted lo que contestaron desde Madrid? –interrogó Unamuno–. Pues contestaron sencillamente que, siendo yo un desterrado voluntario, en cualquier momento podía penetrar en España sin que nadie me prohibiese el paso. Según eso –replicaron desde París–, si ustedes mismos no tienen inconveniente en acogerle en su mismo territorio, no existe motivo para que nosotros le hagamos salir de donde está.

Del tono festivo pasa don Miguel al que corresponde a las admoniciones. Su mirada se alarga como si buscara a los adversarios cuyos nombres pronuncia con

adjetivos tremendos que superan muchos de ellos a los de Hugo en *Les Chatiments*. Los recuerdos personales afluyen a la memoria. La rica, la intensa experiencia vivida hace que se sucedan las anécdotas al caso. El dominio del panorama histórico permite la evocación de hombres y sucesos de la historia de España. Recita, como poeta, un soneto. Comenta, como filósofo, un principio. Recuerda, como erudito, las literaturas extranjeras, antiguas y modernas. Establece, como filólogo, el origen de un vocablo. Y todo ello en una sucesión espontánea, clara, caudalosa de hechos, de nombres, de obras.

He aquí esbozada la entrevista que he tenido con este gran español. Exposición hartamente canija en su vano intento de reproducir dos horas densas de conversación. Pero lo mucho que falta lo compenso yo con el calor de la mano que don Miguel me estrechara en la estación de Hendaya, mano que ha sabido escribir libros tan hondos, y mano vasca, a mucha honra.

—Puedo asegurarle a usted que soy vasco por los sesenta y cuatro costados..., nos dijo al despedirse.

[*La Baskonia. Revista Ilustrada* (Buenos Aires), 20 de abril de 1929].



Reproducción de la caricatura de Bagaría que, según reza *La Baskonia*, era «considerada como su mejor caricatura».